

---

## Un adiós en tiempos oscuros: memorias de mis estudiantes en pandemia

Roxana Karen García Santiago

Maestrante en Investigación de la Educación en el Instituto Superior de Ciencias de el Estado de México (ISCEEM) División Ecatepec.

[roxana.garcia@isceem.edu.mx](mailto:roxana.garcia@isceem.edu.mx)

Era marzo de 2020, un ciclo escolar que iniciaba su último trimestre y con ello la planeación del evento del día de la primavera. Mi tercer año de servicio, me encontraba impartiendo un sexto grado, aún recuerdo que, junto con las maestras de los otros grupos, montábamos *El toro mambo* para la presentación del bailable.

Todo era normal aparentemente, cada docente, alumno y padre, seguía realizando sus actividades como de costumbre, sin imaginar que esa normalidad sería interrumpida en un abrir y cerrar de ojos.

Una escuela vacía, pupitres sin niños, la última fecha aún en el pizarrón y algunos materiales olvidados por los estudiantes, así lucían las aulas de clase. Pensando que sólo se adelantarían vacaciones y que en abril nos volveríamos a ver, no se dimensionaba la magnitud sanitaria de la pandemia, hasta que mis alumnos lo comenzaron a vivir en carne propia.

Este grupo llega a mis manos en quinto grado, ya habíamos compartido un año de experiencias y aprendizajes juntos. Aunque la prioridad era abordar los contenidos que marcaban los planes y programas de estudio, no podía ignorar el hecho de que mis estudiantes traían preocupaciones de casa que se reflejaban en su desempeño. Como docente comencé a adentrarme a sus inquietudes, temores, para escucharlos, comprenderlos y poder brindarles el apoyo, mi salón se convirtió en un refugio para ellos.

Fierro, Fortoul y Rosas (2000) mencionan que, dentro de la práctica docente, el maestro funge como un agente social que “desarrolla su labor cara a cara con los alumnos, el trabajo del maestro está expuesto cotidianamente a las condiciones de vida, características cultu-

---

rales y problemas económicos, familiares y sociales de los sujetos con quienes labora” (p. 21).

El maestro cumple un papel primordial en la formación de los estudiantes, cuando interactuamos, al compartir sus vivencias, sentimientos o problemas personales, a veces lo que un alumno busca en un maestro es alguien que lo escuche, que lo entienda y que no lo juzgue, así fue el vínculo que formé con mis estudiantes, ellos se volvieron parte de mi vida y yo de la suya.

Una relación armoniosa y de confianza, que decidí acompañar hasta la última etapa por su estancia en la primaria, porque si en mis manos algo podía hacer, era ofrecerles un lugar seguro y que, al menos, se quedarán con bonitos recuerdos.

Comenzar un nuevo ciclo escolar me resultaba emocionante, con ello venían a mi mente nuevas ideas para hacer del aula de clase un espacio acogedor. Sin embargo, también representó un desafío, pues se sumaron nuevos rostros y con ello nuevas historias. Aunado que mis estudiantes se encontraban en una de las etapas más complejas, la adolescencia comenzaba a florecer, dejaban de ser niños, ya no eran los mismos de antes, todos tenían situaciones a las cuales enfrentarse.

Justo cuando faltaba un periodo corto para culminar el ciclo escolar se avecinó lo que sería la despedida más dolorosa e inesperada con mi grupo. La pandemia de Covid había llegado a México a principios del año 2020, no se le había dado la importancia, hasta que en marzo se anunció el cierre de escuelas.

Perdura el recuerdo de mis alumnos entusiasmados, ya que ellos pensaban que serían como unas vacaciones, entre ellos compartían emociones de sus planes de viajes. Aún se tenía la ilusión de festejar su último día del niño que celebraríamos juntos. No obstante, sin planearlo, sin preverlo y sin desearlo, nos estábamos despidiendo, un adiós que hasta hoy en día el recordar duele, porque al final de cuentas mis alumnos se convirtieron en mi familia.

Los días pasaban, llegó abril y las noticias indicaba que esto continuaría, todos nos encontrábamos aterrados, ya que las cifras de contagios y defunciones aumentaban y con ello, pocos espacios en hospitales.

---

Ningún maestro se encontraba preparado, el *WhatsApp* se convirtió en un puente entre mis estudiantes y familias. Mientras tanto, las autoridades solicitaban evidencias de las actividades a distancia, como si mis estudiantes hubieran estado en una burbuja que jamás fue expuesta al caos.

En este momento, vino a mi mente aquel juramento que hice en la Normal y decía: “Juro... Conservar la llama ardiente y eterna de la verdad, desafiando el odio, la violencia y la mentira: No manifestar miedo ni pena, ni frustración alguna; sonreír a pesar de todo” [...] (Juramento normalista).

Recordarlo hizo sentirme desleal, porque no estaba cumpliendo con ese compromiso, yo quería poder apoyar a mis estudiantes, que día a día compartían conmigo sus vidas, leerlos me partía el corazón, pero también me permitía comprender sus realidades.

Las complicaciones de salud comenzaron a presentarse, uno de los casos que recuerdo fue una de mis alumnas, quien se unió el último ciclo escolar. Un caso complejo, porque su mamá (ya en una etapa adulta y quien era su mamá adoptiva), la procuraba en todo lo que necesitara. Ambas originarias del norte del país, venían a la ciudad con el propósito de que la señora pudiera salvar su vista que se encontraba en estado crítico, tenía la esperanza de recuperarla. No obstante, la pandemia frenó ese sueño, los hospitales daban prioridad al nuevo virus, el tratamiento se suspendió y con aire desolador me hacen saber que regresaban a su estado natal, porque ya no tenían nada a que quedarse.

Otro de mis alumnos, un niño con autismo, al cual recuerdo con cariño, rodeado de mucho amor por su familia que siempre apoyaban en eventos y actividades escolares. Un día, de repente, su mamá me comunica la noticia del fallecimiento de su esposo, leer esto me provocó un nudo en la garganta, pues conocía al señor y sabía que durante años estaba luchando contra una enfermedad. El Covid había llegado a sus vidas y no puedo ni pensar cómo fue para mi alumno enfrentar esta situación.

Pareciera que todo iba empeorando, día a día me encontraba con la incertidumbre ¿ahora qué me irán a contar?, era triste leerlos y

---

pensar que su última etapa por la primaria iba ser la peor, al menos los dispositivos electrónicos nos mantenían cerca a la distancia, pero me decepcionaba que las autoridades educativas se preocuparan más por tener evidencias que por las adversidades que enfrentaban los alumnos y sus familias, situaciones más urgentes que los tenían ocupados, antes que la entrega de una tarea escolar.

Las redes sociales fueron ventanas que permitieron conocer la vida de mis estudiantes, como pantallas que revelaran lo oculto, publicaciones de estancias en hospitales, funerales, incluso de sus problemas familiares que se manifestaban a raíz del encierro.

Fue doloroso enterarme que algunas familias dejaban a su suerte a los niños, familias que desde antes del cierre de las escuelas manifestaban falta de atención a sus hijos. Esto trae a mi memoria otra de mis alumnas, un tanto rebelde, dentro de una familia reconstituida, vivía con su padre biológico y con su madrastra, quien asumió el rol de la crianza de la niña. Antes del cierre de las escuelas, me percaté en el aula de clases, que la niña platicaba con sus compañeros sobre un novio que había conocido en una red social, una persona mayor de edad y cuyo propósito era llevársela a vivir con él. Aunque se dio aviso a los familiares, una vez que la pandemia comenzó se perdió comunicación con la familia y alumna, lo cual me dejó preocupada. Una niña con sueños y aspiraciones, que la pandemia truncó, no me permitió poderle ofrecer la ayuda que necesitaba y que en su hogar carecía.

Los días pasaban, los mensajes se intensificaban, algunos alumnos, incluso en audios con un tono de melancolía me decían “la extrañamos, extrañamos la escuela”, sólo quedaba ver el pasar de los días, no fue fácil afrontarlo, yo trataba de apoyarles, aunque fuera con palabras, con audios de que todo iba a estar bien.

Se aproximaba junio y con ello la esperanza de un reencuentro por última vez moría, se respiraba un ambiente desolador, de tristeza y de dolor, nadie en su juicio pensaba que este virus iba a ser tan devastador al llegar a nuestro país.

A mediados de este mes como era de esperarse se adelantó la clausura del ciclo escolar, la despedida de mis alumnos fue a través de una pantalla, hasta ese momento ya nos había llegado de manera

---

institucional la cuenta de correo electrónico que usaríamos con *Google Meet*, con los pocos recursos que tenían a la mano, las familias hicieron el intento por conectarse, fue hasta ese momento que pude verlos cara a cara, sus expresiones lo decían todo.

Fue difícil dar ese último pase de lista, alumnos y familias derramando lágrimas, porque no se imaginaron una clausura así. Un adiós amargo, lleno de melancolía y de tristeza, sólo quedaba la esperanza de que algún día esto tuviera su fin.

Los alumnos de este grupo serán para mí inolvidables, la pandemia me dejó mucho aprendizaje, mi manera de ver la escuela e impartir contenidos es parte de mi práctica docente, pero en sí, los alumnos son quienes dan sentido a la escuela, nos muestran que en esta labor hay mucho que ofrecer, nos convertimos en familia para ellos, la empatía se volvió parte de la vida cotidiana de una profesora, la pandemia nos recordó que todos, sin excepción, somos humanos.

## Referencia

Fierro, C., Fortoul, B. & Rosas, L. (2000). *Transformando la práctica docente. Una propuesta basada en la investigación-acción*. México: Paidós.